

NOTAS CRITICAS

DOS INTERESANTES BIOGRAFIAS NAVARRAS (1)

Dos magníficas y muy interesantes aportaciones a la bibliografía navarra debemos a los RR. PP. Gumersindo de Estella, O. F. M., Cap., con su «Historia y Empresas Apostólicas del Siervo de Dios P. Esteban de Adoain», y Monseñor S. Sarasola, O. P., Obispo de Tenaro y Vicario Apostólico del Urubamba y Madre de Dios (Perú) con «Alma de Apóstol, confidente del Corazón de Jesús e instrumento de grandes obras misioneras, Madre Sor M.^a Pilar San José Zabaleta, misionera dominica». Biógrafos y biografados son navarros. Las obras se han impreso, en Pamplona (Editorial Aramburu, la referente al P. Adoain, y en Madrid (Imprenta de Galo Saez) la «Alma de Apóstol». Las dos, por la alta autoridad científica de los autores y la materia tratada, de singulares matices extraordinarios, revisten excepcional importancia. En la licencia eclesiástica de la obra del P. Estella, dice el Dr. Juan Sanz que es «una historia asombrosa de un gran misionero dotado de un espíritu extraordinario». El autor —añade— «ha aportado una documentación abundante y ordenada». Y en la licencia de la Orden se hace constar que en esta obra del P. Estella «la figura del P. Esteban ha adquirido un vigor y un relieve tan acusados, que ya en lo sucesivo la Historia lo citará como el mayor de los misioneros Capuchinos españoles del siglo XIX y como uno de los grandes misioneros de la Iglesia». Y añade: «mérito singular de esta obra es que descansa sobre abundante documentación de primera mano, con la cual se afina y en algunos casos se rectifica el juicio que la Historia ha emitido con referencia a ciertos personajes de relieve». El P. Gumersindo de Estella es el ice-Postulador de la causa de beatificación y canonización del P. Esteban y ha contado con el máximo caudal informativo, escrupulosamente comprobado, de la vida extraordinaria de su héroe. «Avalamos —dice el autor— cada una de nuestras afirmaciones con su correspondiente cita documental, bibliográfica o testifical fidedigna». La empresa, en este aspecto, no era fácil: el P. Esteban no pasa los largos años de su vida en un lugar de-

(1) «Historia y empresas apostólicas del siervo de Dios P. Esteban de Adoain» por el Rvdo. Padre Gumersindo de Estella O. F. M. Cap. Vice-postulador de la causa de beatificación y canonización.—Pamplona, Editorial Aramburu, 1944: 510 páginas con láminas en 8 págs. de cuché: precio 18 ptas.

«Alma de Apóstol, confidente del Corazón de Jesús e instrumento de grandes obras misioneras, Madre Sor M.^a Pilar San José Zabalegui, misionera dominica: su vida, revelaciones, obras» por Monseñor S. Sarasola, O. P. su Director espiritual, obispo de Tenaro y Vicario apostólico del Urubamba y Madre de Dios (Perú): Madrid, 1944: 541 págs. 1 lámina, 20 ptas.

terminado: el itinerario de sus empresas misioneras toca innumerables puntos geográficos de España y de América, y en un siglo tan alborotado y apasionado como el XIX, lo que, naturalmente, revaloriza la labor del biógrafo. En la bibliografía y fuentes de información —copiosísima— que ha utilizado el P. Estella, figuran además de los Cuadernos escritos por el biografado y todas sus cartas, en autógrafos y copias auténticas, el «Cronicón de los Capuchinos de Centro América» y la documentación, en copias auténticas de los archivos de los Gobiernos de Venezuela y Cuba, y de los Arzobispados de Caracas y de Habana. Se trata, pues, de un relato de sucesos, perfectamente comprobados y en los que el autor, ante perspectivas sorprendentes de muchos de ellos, procede con la más exquisita prudencia. Requería, además, este relato un conocimiento del siglo XIX, en España y América, y en el libro encontramos una imagen de ese siglo muy pormenorizada y que acusa en el autor acabados estudios de esa época, tan densa de fuertes colores y convulsionada de apasionados movimientos políticos. Realmente, con la lectura de estas páginas, de amenidad innegable, vemos agigantarse hasta las altas cimas de la santidad a este heroico misionero, labriego del pueblecito de Adoain, perdido en la sierra de Aldashur, en la región del otro misionero excelso, Javier, de vocación temprana para el amor de Dios, más de educación cultural tardía, pero que supo evangelizar, atraer almas, sosegar disturbios, solucionar conflictos y ser tan sorprendente predicador, como gobernante exquisito. Gran figura de la Iglesia, carácter atrayente, voluntad austera, verdadero Apóstol.

El libro de Monseñor Sarasola, fallecido en este año, nos ofrece un panorama completamente distinto. Toca regiones de sobrenaturalidad que quedan muy por encima de esta recensión. La misionera dominica Madre María Pilar San José Zabalegui nació en Artajona en cuya Parroquia de San Saturnino fué bautizada el 13 de octubre de 1872. A los 3 años asiste al Colegio de las Hermanas de la Caridad, en aquella villa, del que sale a los 13 años. Estudió en Pamplona la carrera del Magisterio, completando los estudios, durante un año, con los de dibujo, pintura, bordado, caligrafía, etc. El 18 de julio de 1880, dirigida en su vocación por D. Dámaso Legaz, varón venerable, ingresó en la Comunidad de Madres Dominicanas de la Enseñanza, con residencia en Pamplona.

En 13 de octubre de 1920 se inaugura la Casa-Noviciado de Misioneras Dominicanas del Santísimo Rosario, de la que fué ella Fundadora, y que está emplazada en el barrio pamplonés de San Juan (extramuros de la ciudad). Vicaria General de la Orden, el 3 de mayo de 1930 llega al Perú, de misionera y fundadora. Falleció en Villava el 3 de octubre de 1940, viendo realizadas ya las predicciones de toda su predilección, sobre la nueva casa «Betania» y el «Seminario Hispanoamericano de Misioneros Dominicanos» en Villava. Estas son las fechas principales de su vida religiosa, de enorme dinamismo misional.

Pero esta vida la vemos encumbrada a regiones místicas inaccesibles a nuestra torpeza. Expresiones de goces sobrenaturales como los que encontramos en los escritos de esta religiosa, no los encontramos en los de Santa Teresa, menos todavía en los de San Juan de la Cruz. Y es, no obstante,

asombrosa la naturalidad de la expresión y se siente que la vivifica un candor maravilloso y una sorprendente sinceridad. Hemos de creer con el Padre Grou que «cuando Dios quiere que toda la gloria de una empresa redunde en El, es propio y digno de su providencia obrar por medios que de El sólo tengan y saquen toda su virtud y poder». Hemos de limitarnos, por fuerza, a repetir las palabras de su esclarecido biógrafo: «Jesucristo la enciende en castos amores y se recrea El con lujo de pruebas en adornarla con preseas, regalos, delicadezas y comunicaciones que la sacan de sí y la adentran en el Corazón mismo del Esposo, donde hace su morada permanente y donde ambos celebran místicos desposorios en muy variadas formas que luego se repiten y se multiplican hasta el fin de su vida».

Al dar cuenta nosotros en esta Sección de la publicación de estas dos obras voluminosas, ilustradas con múltiples láminas, queremos destacar que se trata de la vida de un religioso, Apóstol eminente del siglo XIX y de un alma de tensión mística sorprendente, los dos de Navarra.

Eladio ESPARZA.

VENTURA RODRIGUEZ Y SU OBRA EN NAVARRA (1)

Debemos a nuestro ilustre compañero de la Institución D. José Yánoz un precioso estudio sobre Ventura Rodríguez, como autor del acueducto de Noain, recientemente restaurado por la Institución «Príncipe de Viana» y que hoy es como un complemento que da tono al paisaje, y de la fachada de nuestra catedral pamplonesa. Ocioso es decir que el señor Yarnoz había de cuidar el texto de su estudio con escrupulosa comprobación documental: lo exigía la ceremonia de su ingreso en la docta Academia de San Fernando, pero ésta es una exigencia que va vinculada a todo proyecto artístico de nuestro querido compañero. Así es como ajusta y ambienta las líneas de sus restauraciones en nuestro repertorio monumental. Para su estudio ha utilizado abundantísima documentación del Archivo del Ayuntamiento y del de la Catedral, de Pamplona y al mismo tiempo que nos sitúa a Ventura Rodríguez en sus dos obras, a través de vicisitudes acaecidas con esos motivos, nos ofrece una página interesante y llena de colorido local, de la vida de Pamplona, en aquella época. Nos place reproducir con la mayor satisfacción estas líneas del señor López Otero y que sintetizan la valía del señor Yarnoz: «Su competencia en todas las modalidades de nuestra profesión, que permiten considerarle como un «arquitecto completo»: su posesión y dominio de la técnica novísima y sus dotes de rectitud, de laboriosidad y de claro sentido de las cosas, unido todo ello a una personalidad llena de prestigio y de las mejores cualidades humanas, confirman, señores Académicos, vuestra acertada elección en beneficio de las tareas de esta Corporación insigne».

(1) «Ventura Rodríguez y su obra en Navarra» discurso leído por el Excmo. señor D. José Yarnoz Larrosa el día 17 de abril de 1944 con motivo de su recepción, y contestación del Excmo. Sr. D. Modesto López Otero. Madrid, 1944. Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. 74 págs. con numerosos dibujos y grabados.

El libro está atildadamente editado y contiene profusión de grabados y de dibujos ilustrativos del estudio.—E. E.

IRIBARREN Y LAS TRADICIONES POPULARES DE NAVARRA

¿Cómo recomendar con bastante encarecimiento las obras navarras de José M.^a Iribarren? Andaba yo estos días algo revuelto por cierta puñaladita... Me subía la náusea... Bah, gajes de la literatura. Pero empecé a leer estos días libros de Iribarren, el Retablo de *Curiosidades* y el *Batiburrillo Navarro* (1), y olvidé toda vileza. Tres días felices. Familiares y amigos me veían con el libro en las manos reír a mandíbula batiente, a reventones, con picazón de lágrimas en los ojos. Me veían, y movían piadosamente la cabeza. ¡Ya les tocará la hora de leer: ya les llegará la de reventar de risa! Pero no es de lo jocundo de estas obras de lo que quería hablar.

No son estos sólo libros para reír, ni su autor un vulgar colector de chascarrillos, sino, por el contrario, hombre muy enterado de la erudición impresa sobre temas de su Navarra y que ha sabido recoger la tradición popular en su veta misma. Iribarren narra sin retórica, con un desgaire nor-teño, quizá algo barojiano, pero con intuición de artista y en un castellano que, entreverado de algún navarrismo, resulta expresivo y gustoso. Los títulos de ambas obras indican bien la índole de su contenido: mezclando lo histórico y lo actual, el autor nos va presentando una serie de curiosidades de su provincia, personajes y hechos, leyendas y sucedidos, bromas y veras. De este «batiburrillo» lo que sobresale es su fuerte y a veces acre sabor popular, su densa concentración hispánica. Pasan en breves capítulos ante nosotros, brujas y curanderos, toros y capeas, una chistosísima selección de epigraña popular, tipos célebres, locos e inventores estrafalarios, coplas y canciones, refranes, peculiaridades de lenguaje, reacciones populares ante la introducción del ferrocarril, del velocípedo, de los automóviles, de la luz eléctrica, de los globos, del aeroplano... Enumerarlo todo sería cuento interminable.

Si he querido hablar de estas obras es como ejemplo. Porque yo las veo como sillares de una tarea española apenas comenzada: la de la recogida, registro y archivo de nuestras tradiciones populares. En algunos sentidos cierto que se ha trabajado bien, por ejemplo, en la recogida de canciones populares. Algo se ha hecho en lo lingüístico, desde el siglo pasado, con la publicación de vocabularios regionales. Pero la empresa más general y útil (el «Atlas Lingüístico de la Península») está aún, infelizmente, inacabada. En cualquier dirección hay tajo abierto. En algunas apenas si se puede citar un nombre español. Es vergonzoso que para el conocimiento de la cultura material de una gran parte de nuestros campos haya que acudir a los minuciosísimos libros de Krüger o a las obras de otros extranjeros, y que ni siquiera tengamos algo semejante a lo que para Portugal representa su vasto y desordenado, pero útil archivo de cultura popular: la *Revista Lusitana*, que

(1) Zaragoza, 1940 y 1943, respectivamente.

fundó y dirigió Leite de Vasconcelos. Claro está que los libros de Iribarren no son ni han querido ser metódicos ni persiguen un fin científico, pero indican posibles pistas, son un buen índice de algunos temas a los que deberá extenderse la investigación, y contienen ya en sí mismos valiosos elementos para el estudioso. ¡Si cada región española tuviese un Iribarren! ¡Qué cuadro tan coloreado, tan vario y siempre tan profundamente español podríamos obtener! ¡Qué buenos puntos de partida para la investigación sistemática!

No todos tendrán la erudición y el talento literario de Iribarren. Pero yo estoy seguro de que algunas vidas que tal vez se consumen en el tedio de un pueblo podrían tener un aliciente y una esperanza si se consagraran a colaborar —con más o menos rigor científico— en esta generosa obra: la de registrar y conservar para siempre una imagen lo más completa posible del estado en que hemos recibido los hombres de hoy toda la tradición popular de España.

DAMASO ALFONSO en la revista <<ESCORIAL>>. Febrero 1944)

CUADERNOS DE ARTE NAVARRO (1)

Por tratarse de un libro editado por la Institución «Príncipe de Viana», nos complacemos en reproducir la nota que le dedica en el tercer suplemento de arte de la revista «Escorial», nuestro colaborador el Marqués de Montesa:

Con visión certera distingue el prologuista de esta obra, entre erudito e historiador: aquél es quien acopia documentos limitándose a la escrupulosa transcripción; éste no se reduce al acarreo de los materiales, sino que, con ellos a la vista, procede a organizarlos de tal modo que formen un conjunto inédito y pleno al mismo tiempo de significado. Esto es, auxiliado de la crítica da cuerpo a un todo que se incorpora, por su pie, a la Historia. Así, la sucesión del Arte logra un nuevo capítulo. Hoy es José Ramón de Castro, avezado en paciente laboreo de archivos, quien aporta a la historia patria este capítulo de arte navarro. Empieza por los primitivos. Y sabido es que los primitivos españoles no sólo han merecido la atención de nuestros sabios, sino que atrajeron por su importancia la de no pocos hispanistas: baste evocar a un profesor de la Universidad de Havard, Mr. Post, que lleva dedicados a nuestros primitivos buen número de volúmenes. Pero José Ramón de Castro ha vivido entre estas tablas, las ha desempolvado muchas veces y ha registrado en el próximo arcón o en los vetustos protocolos hasta dar con la filiación exacta del autor que la hizo. Puede engañarse el ojo del artista y del crítico en alguna somera atribución: el documento no se engaña; cuando un artífice contrata una obra hay harta probabilidad de que la lleve a cabo; pero, si una vez realizada, la cobra, entonces por espúrea que parezca, se nos hará necesario probar la ilegitimidad de la misma. Los documentos sirven además para reconstruir, muchas veces, la biografía del artista, y nada hay de más fe sobre su vida que toda esa colección de testimonios firmados por notarios. Lo demás queda siempre en la conjetura, en

el atisbo y la corazonada. Por eso José Ramón Castro, que ha sido antes científico, no olvida, cuando de obras de arte se trata, su oficio, y une el documentado saber, al «ojo clínico». Y, a lo largo del libro, vamos hallando los documentos en feliz y certera trabazón con la discriminación rigurosa o con la suposición fundada. De este modo llegamos a tener una idea, que empieza a ser precisa, de toda una manifestación de arte local, sobre la que apenas lográbamos sino aproximaciones muy vagas. Sabemos —unos más, otros menos— de primitivos castellanos, de primitivos valencianos, catalanes. De primitivos navarros ni el propio Madrazo, en su meritísimo viaje, acreditó saber gran cosa. Es quizá porque, en rigor, no se trata —ni se debe tratar— de pintores navarros, sino más bien de pintura navarra y, más propiamente aún, de pintura en Navarra. Ciertamente. Pero así es como se ha dado comienzo siempre a tocia historia. Vienen luego las tareas delimitatorias y eliminatorias. En Navarra hay mucho arte que es obra de artistas foráneos. Mas interesa sobremanera ir formando ese catálogo monumental del conjunto para ver destacarse, después, por entre los florones de sus tallas, las cabezas de los propios artesanos. Y la que se nos antojaba arbitraria, se va haciendo cada vez más significativa. De Pedro Díaz de Oviedo, v. gr., llegamos a advertir tan neta personalidad que, con los elementos reunidos, nos creemos quizá bastante pertrechados para distinguir bien su estilo y hasta aventurarnos a la atribución como suyas de obras de autor ignoto; tal es ya la abundancia de datos que Castro nos proporcionó para la caracterización de su arte. Y lo mismo cabe afirmar de otros «maestros» que, no ha mucho, habían de ser designados como el de tal o cual obra, y que ahora, merced a Castro, ofrecen una documentación considerable que nos permite conocerles hasta en nimios pormenores biográficos. El haber vivido José Ramón Castro varios años en Zaragoza y en Valencia le permite relacionar tablas que, procedentes de los mismos talleres, fueron diseminadas por iglesias de todo el Levante, mas cuya evidente afinidad y documentación similar delata la existencia de una escuela común y hasta, a veces, de una misma mano. Como hiciera en su día Viñaza, hoy Castro añade nuevos nombres, en sucesivas adiciones, a los viejos repertorios que dió, en su clásico Diccionario, Ceán Bermúdez. Y entre los sumados ahora, muchos denotan su raigambre en tierra navarra y toman nombre, con frecuencia, de los mismos pueblos del antiguo reino: Miguel de Carcastillo, Juan de Esparza, Antón de Ezpeleta, Martín de Tudela, Miguel de Magallón y tantos otros, proclaman, con su mera denominación, la procedencia navarra. Afortunadas aquellas provincias que tuvieron un crítico e historiador, además de erudito, para la catalogación de su riqueza artística: sirva de ejemplo, entre tanto inventario razonado, el catálogo que un maestro como Gómez Moreno ha dedicado a ciertas regiones de España. Pues bien, ésta es la tarea que incumbe a José Ramón Castro. He aquí —no ciertamente su primer trabajo—; pero sí su primera contribución seriada. Eficazmente secundado por el probo investigador D. Francisco Fuentes, D. José Ramón Castro ha hecho centro en Tudela para la paulatina inquisición del arte que se halle a la redonda. Este es el primer cuaderno de una serie, que puede, y debe, contar algún día con numerosos volúmenes. Ese día habrá realizado Castro la obra que, ahora, en estas páginas, inicia. Navarra contará

entonces con parte del catálogo monumental que su riqueza artística merece, y contará además con el renombre de un historiador que acertó a revelar gran parte de ese arte por el cual se desvela hoy la institución editora de esta obra.—Antonio Marichalar.

«*Cuadernos de arte navarro. Pintura*, por José Ramón Castro. Prólogo de F. J. Sánchez Cantón. (Ediciones «Príncipe de Viana». Pamplona, 1944).